



JUAN  
BASTERRA

# DE PASIÓN Y DE GUERRA

*Los amores del caudillo  
Francisco Ramírez*

CON PRÓLOGO DE  
MEMPO GIARDINELLI



BARENHAUS

JUAN  
BASTERRA  
**DE PASIÓN Y  
DE GUERRA**

*Los amores del caudillo  
Francisco Ramírez*

BÄRENHAUS  
EDITORIAL

BÄRENHAUS

## PRÓLOGO

"Unas pocas palabras para saludar la novela de Juan Basterra".

7

***Por Mempo Giardinelli***

Hace unos pocos años, la primera versión de esta novela —con el título *La cabeza de Ramírez*— fue una grata sorpresa para mí. Ratifiqué entonces diversas sensaciones que ya me había producido este peculiar autor chaqueño con su anterior e impactante *Tata Dios*. Y sorpresa en cierto modo feroz, diría también, porque Basterra escribe novelas sangrientas y pasionales, en las que revisita y embellece, hasta los difusos límites de lo posible, el amor y las guerras que delinearon el desesperante siglo XIX de la mesopotamia argentina.

En esas tierras vuelve a brillar ahora su escritura, por la sencilla y fantástica razón de que más allá de biografías y recuperaciones históricas Basterra logra, ardoroso como sus narraciones, dibujar textualmente la figura del famoso caudillo Francisco Ramírez, llamado “El Supremo Entrerriano” y personaje clave y siempre joven (murió en 1821 a los 35 años de edad), quien todavía hoy llama la atención en la Historia Argentina como lo que sin dudas fue: uno de los más ardorosos protagonistas del infernal siglo XIX en nuestro suelo.

Como desencajado de su vida militar, y enmarcado ahora en contextos pasionales, sí que también amorosos, el impresionante Ramírez de esta novela está vivo en sus dos amores ficcionalizados: Norberta, su prometida, que murió ya anciana y amortajada con el traje de novia que nunca pudo usar; y “La Delfina”, su amante brasileña, compañera codo a codo en muchas de sus guerras.

8 Igual que en sus otras novelas, Juan Bastera logra que el tiempo corra en paralelo a vidas y pasiones, pero como en otro ritmo, uno que parece más vertiginoso aunque se va demorando, todo pasión, hacia un final sofisticado y poético.

*Resistencia, agosto 2022.*



La tarde del 22 de noviembre de 1880, en Concepción del Uruguay, Norberta Calvento tuvo una visión. Estaba acostada con los ojos cerrados en la vieja cama de bronce que había pertenecido a sus padres. La siesta había sido trabajosa, sin sueños que la abreviasen ni previsiones en que pensar. El peso de sus noventa años, le pareció, era más apremiante que nunca. Un dolor de cabeza persistente la hacía volverse a cada momento a una de las dos paredes laterales de la habitación, tapiadas con un viejo papel en el que estaban representadas entretrejidas vides. De la calle llegaban los gritos de algunos niños. El olor persistente de las begonias inundaba la pieza. Abrió los ojos. Las débiles cataratas que comenzaban a velar las imágenes del mundo, no le impidieron ver una vieja iglesia, que no le recordaba ninguna de las conocidas. El sol del mediodía castigaba la columnata dórica que servía de antepalco al atrio. Una marea de personas endomingadas, entre las cuales le pareció reconocer a su padre, rodeaba a una joven vestida de novia. Era ella misma, estaba casi segura. No podía divisar, a pesar de todos sus esfuerzos, la figura del caudillo Francisco Ramírez.

Se reincorporó. El dolor era más intenso ahora. Bajó trabajosamente de la cama y se dirigió a la pieza vecina.

Abrió el viejo ropero. Del fondo del último cajón sacó una de las prendas de su ajuar. Era un vestido blanco confeccionado con tela de brocado persa. Tuvo un va-hído. “No veré la próxima mañana”, pensó. De la calle llegaba un ruido estridente. Trató de identificarlo y no pudo. Fue en ese momento que se derrumbó.

Dos horas después abrió los ojos. No reconoció a ninguno de los extraños —un sobrino, el médico y la criada— que rodeaban la cama.

10 —Déjenme sola —alcanzó a decir, antes de que entrara un hombre de altos ornamentos y mirada afable. Era su cura confesor.

—Norberta —el religioso depositó los santos óleos sobre la mesa de luz—, hace mucho tiempo que no te vemos por la parroquia. Mañana debes acompañarme. Se te extraña.

Norberta no contestó. Miraba la última luz del día entrar por la ventana. Un momento después escuchó unas palabras que, no podía saber, estaban dirigidas a ella misma. La voz del cura decía:

—Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén.

No volvió a abrir los ojos. El mundo estaba ya totalmente desvinculado de su conciencia. Ningún recuerdo, ninguna alarma, podrían volver a perturbar su descanso. Sobre su frente, y en la proximidad del santo óleo, pusieron perfume de violetas; en sus manos, un ramo de claveles.

Nunca más —sus rasgos reposados no decían otra cosa—, volvería a ser herida.

Un día después de su muerte, Norberta fue depositada en el panteón familiar. Los vestidos, las libretas de escritos, los libros, las acuarelas pintadas de niña, todos aquellos objetos que resumían la cifra de una vida, fueron mantenidos inalterados muchos años. Las cartas del caudillo habían sido rotas por la misma Norberta en un verano tórrido y monótono; de ellas solo quedaba la incandescencia de los deseos aniquilados en los rincones de la habitación y en el escritorio noble de madera de cedro. El antiguo sillón de las lecturas y la espera no volvería a ser usado nunca más. La ventana que daba a la calle, y por donde se filtraba la luz de las mañanas y las tardes, dotaba a todo el conjunto de un manierismo de las formas que estaba en perfecta armonía con los objetos familiares. Sobre el último de los estantes de la biblioteca, un anillo de plata y oro reposaba inalterado.

Las cuencas vaciadas de los ojos recibían la luz perpetua y siempre renovada de los cirios. Por debajo del pelo bronceo, y a pocos centímetros del tajo por el que se le había escapado la vida, la boca eternizaba una media sonrisa y un desdén aristocratizante. Faltaban, por supuesto, los dormanes de alamares dorados que habían hermo­seado su rostro cuando, como general, hizo historia en Entre Ríos. Los afanes y las desilusiones que habían gobernado su vida estaban a una distancia que ningún alazán podría agotar. No valían las prebendas ni la compasión. La partida estaba perdida.

Sola entre medio de los barrotes, la cabeza de Francisco Ramírez miraba muda la soberbia arcada que acrecía la dignidad de la galería inferior del cabildo de Santa Fe y el tránsito cada vez más espaciado de los visitantes que la miraban como a una vieja reliquia. La habían embalsamado con alcanfor, alcohol y miel. Fue barnizada con bálsamo y acacia después de haber sido trepanada y lavada con cocimiento de acíbar, coluquintida y lejía. Ya no estaban aquellos ojos zarcos que le habían valido el amor de las mujeres y el respeto reverencial de sus hombres y de sus enemigos. Las cuencas vacías ausentaban aquella mirada que hiciera de él temor del gaucho y alarido febril en los avances de sus montoneras.



Algunos meses antes había vaticinado su fin en una carta enviada a Estanislao López, hasta hace muy poco su aliado y amigo, y, ahora, el martillo que fraguaría su muerte en el yunque de la traición:

14 *Brigadier: no he de recordarle a Usted todo el bien que su amistad me ha regalado estos años. Años difíciles, por supuesto, pero que por una ventura de aquellas con las que nos premia la vida, me han deparado el enorme goce de su palabra, de su pensamiento y, lo que es más importante, el apronte que, a las balas enemigas, en todo momento y circunstancia, ha realizado su pecho. No crea que olvido los favores recibidos. Aprendí de muy pequeño la gratitud y a ella me he entregado en cuerpo y alma, así fuese dirigida hacia aquellos que meses después de haberme hecho sentir las mieles de los afectos, me han traicionado con la hiel de la villanía.*

*Usted está, por supuesto, en un sitio diferente al que ocupan los traidores. Sus ideales, que constituyen todo lo más caro de nuestras aspiraciones, y el objeto al que abrazamos nuestra causa, son los míos. A ellos es a los que sacrifico mi salud, y, lo sé muy bien, en un momento futuro, mi vida. No trate de disuadirme de tan terrible pensamiento. Sé que así sucederá y sé que ese acto es necesario, y que al igual que el vuelo con que el milano surca nuestros cielos, está irresolublemente ligado al acontecer de las circunstancias y la marcha del mundo.*

*Fatalismo, dirán algunos. Yo lo llamo aceptación de nuestro destino. De la misma manera que el yuyo es pisoteado por el potro en el trote que sujeta al mismo, nosotros somos los verdugos y las víctimas del acontecer de nuestra querida Patria. Otros recogerán las semillas de nuestro sacrificio para sembrar con ellas el suelo de nuestras esperanzas.*

*No crea, en ningún momento, Usted me conoce muy bien, que me entrego permanentemente, de pies y manos atados, a pensamientos tan tenebrosos. También me asaltan las preocupaciones de siempre: la salud de mis hombres, la paga atrasada, el estado de los pertrechos, mi propia higiene personal, el bienestar de mi amada. ¿Qué haría sin ella? ¿En qué oscuro camino cabalgaría este hombre solitario sin su constancia? Ya ve, Excelencia, el estado actual de mis pensamientos y de mis afectos. Me sostiene ante lo grande y lo pequeño, la dirección de mi destino y el largo camino de mis logros.*

15

*Agradezco a Dios el bien que hasta ahora me ha otorgado, y la honra de su amistad.*

*Francisco Ramírez, campamento en Sauce de la Luna, julio 3 de 1820.*

Todo esto había quedado atrás. Ahora, los formidables pensamientos, las fórmulas con las cuales los había recubierto, las viejas aspiraciones, habían escapado para siempre de la altiva cabeza, ascendiendo al cielo de la “eterna permanencia” —como a veces le gustaba decir entre amigos—, y sobrevivían solamente en estado de fantasmas en algunas de las cartas, en los oficios de guerra y en el recuerdo de su voz llenando las mañanas de las cargas. La cabeza de Francisco Ramírez, “el Supremo Entrerriano” —protegida en su insularidad por los doce barrotes de hierro—, contemplaría, inmóvil, ciega y silenciosa, las imágenes evanescentes y sucesivas de un mundo perdido para siempre.

## IV

La cabeza de Ramírez encontraría la paz dos meses después de su exhibición a la vergüenza pública.

17

Durante la noche del 18 de septiembre de 1821 fue trasladada por tres sepultureros y dos religiosos de la orden de los dominicos hasta la Iglesia de la Merced, donde fue sepultada —no sin contratiempos, debido al peso de la gran tapa de mármol que sellaba el destino de los restos de cuatro religiosos y la gran dureza del suelo invadido por las piedras— en el interior de la jaula de hierro.

Dos días antes el obispo José de Abenámbar había tenido un altercado con el gobernador Estanislao López, del que emergió con los ojos enrojecidos, pero en la plenitud de su dominio.

La visita del obispo había estado precedida por la visita de su edecán, Rodrigo de las Motas, que sin ningún tipo de preámbulos ordenó a López:

—Saque la cabeza del Cabildo, brigadier. Es una necesidad imperiosa para nuestra Iglesia y muy cara para el ánimo de la feligresía. Conocemos muy bien su espíritu cristiano y lo sabemos muy cerca de las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo. Aleje de usted la sangre de ese inocente.

—¿Es de esto que quiere conversar el obispo? Mejor les sería emborracharse con vino de misa —López movió

con desprecio el pisapapeles que portaba un Cristo—. Y no me hable de inocentes. Dígale a su jefe que no incorpore con estupideces, y que mi tiempo es escaso para el tratamiento de esas falsas piedades. Retírese inmediatamente y comunique mis palabras a sus superiores.

Menos de una hora después llegó el obispo acompañado de cuatro clérigos de importancia y entró al despacho gubernamental con un color cárdeno en las mejillas y la decisión de un toro bravío en la mirada.

18 Sobre el sillón tapizado de gro, aguardaba López. No consideró digno de su importancia el tratamiento del tema —ni mucho menos, levantarse para recibir a sus “excelencias”— y solamente esbozó una sonrisa burlona y glacial dirigida a los religiosos y sus ayudas de cámara.

—Excelencia —avanzó Abenámbar—. Sé que son muchos los problemas que ocupan a su gobierno y sé muy bien también que nuestro pedido puede ser considerado precipitado y alejado de las verdaderas necesidades de las horas actuales. Pero conozco mucho más perfectamente el espíritu apasionado que lo gobierna y en algunos casos lo traiciona, y las palabras excesivas que dirigió a mi edecán hace apenas unos momentos. Haré oídos sordos a las mismas, sé perdonar, eso es de buen cristiano; pero desearía que el pedido que me digné hacer llegar a usted, encuentre acogida en su corazón magnánimo y que, por un momento, dejemos de lado las consideraciones que podrían ocupar el pecho de hombres mezquinos y viles, pero nunca el de cada uno de los que enaltecemos esta sala.

López reconoció internamente la maestría oratoria del religioso, pero respondió:

—No hay rectificación a mi decisión. Dejaría de lado, si usted lo desea, los términos exagerados que dirigí hace unos momentos a su asistente, pero nunca las razones

que me hacen exhibir públicamente la encarnación de la traición en el rostro de un enemigo de nuestro país. Ramírez, o lo que queda de él, envejecerá dentro de su jaula, y en pleno Cabildo. No voy a discutir esto con usted, ni siquiera ante la presencia del mismo Papa.

Abenámar se sobresaltó: mentar al Papa con relación al destino final de la cabeza de un sublevado, católico sí, pero tan capaz de traición como el caudillo que tenía enfrente en ese momento, le parecía una blasfemia con olor a azufre y un delito que no podía dejarse pasar sin riesgo de honor para la Iglesia y a sus propios paños morados. Casi gritando imprecó:

19

—¡No blasfeme, brigadier! ¡No mezcle lo celeste con lo terreno! ¡A riesgo de perder su alma por toda la eternidad lo conmino a dar cristiana sepultura a los despojos de ese infeliz! Bastante tuvo ya con la vergüenza —Abenámar estaba sorprendido de su propia violencia y miraba sus manos—. Tenga piedad de ese hombre.

López estuvo a punto de pararse y abofetear al obispo, pero una especie de freno interno que desde pequeño lo asistía en el medio de las tempestades más fuertes y las batallas más enconadas, lo detuvo. Miró fijamente los ojos de Abenámar, aflojó la tirantez del semblante y dijo:

—Hagan lo que quieran con esa porquería. Tiren sus huesos debajo de algún atrio. Así nos aseguraremos de que no vaya a incordiar nunca más. Que no se conozca el destino de los despojos de ese traidor. No quiero a nadie prendiéndole velas, ni siquiera a ustedes. Que sea de noche y que nadie conozca el destino de esa basura. ¡Váyanse! ¡A diferencia de ustedes, tengo trabajo, y no puedo pasarme todo el santo día hablando de la cabeza de Ramírez!

Muchos años después de la muerte de Ramírez, los habitantes de Concepción del Uruguay verían pasar durante los atardeceres la figura severa y delgada de Norberta Calvento. Vestía un riguroso luto en tela de gro —realzado por ramilletes de hortensias lilas que llevaba prendidos en su pecho— y sobre sus cabellos deslavados por una canicie cinérea, portaba una mantilla española de color gris que había pasado a convertirse en un símbolo de su tristeza.

21

De todas las jóvenes casaderas de Concepción del Uruguay ninguna como ella reunió en tal alto grado las esperanzas y las promesas. Hija de uno de los principales cívicos del poblado, había aprendido a tocar el piano a los siete años y, a los doce, podía leer de corrido las escasas novelas francesas que habían franqueado —escondidas en pipas de harina y vinos— el riguroso examen de la censura borbónica.

Francisco Ramírez la conoció a los veinticuatro años. En esa época, el joven entrerriano cumplía funciones de correo entre el general José Rondeau y las fuerzas patriotas acantonadas en la Bajada del Paraná y comandadas por el coronel Díaz Vélez, y había llegado a la casa de los Calvento en busca de unas comunicaciones secretas que debía hacer llegar hasta las inmediaciones

de Nogoyá. Cuando Norberta abrió la puerta de la casa familiar —una de las pocas que erigía un porte nobiliario entre la humilde proximidad de los ranchos que caracterizaban la arquitectura del lugar— Ramírez quedó tan pasmado ante la belleza de la joven, que olvidó el motivo de su visita y entrecortadamente pidió hablar con el jefe de familia.

22 Andrés Narciso Calvento —un hombre de buen porte y maneras correctas, y a quien Ramírez adoraba por su valor cívico— hizo pasar al joven a la pequeña biblioteca familiar, guarnecida con librerías de la más pura caoba y que lindaba con un patio interno abrumado de malvos y jazmines, y le dijo:

—Mire bien a mi hija. No encontrará a ninguna como ella, ni siquiera en sueños. Usted es joven todavía, y es probable que no entienda mis palabras, pero recuérdelas cuando tenga decidido sentar cabeza. En este mismo escritorio lo estaré esperando.

Ramírez respondió confuso a la sugerencia paterna, pero durante los siguientes meses no hizo otra cosa que pensar en Norberta.

Al cabo de un año regresó a la biblioteca de Calvento y pidió la mano de la hija del cívico. Hubo cena en la casa esa noche. Se destaparon las mejores botellas españolas, las perdices con macarrones atestaron la lujosa vajilla de mesa, y ni por un momento, los circunstantes imaginaron que las dulces expansiones a las que se entregaban los tiernos novios serían algunas de las pocas muestras de un amor de tan felices augurios y tan macabro final. El tiempo, a la manera de un escultor de monumentos fúnebres, destinaría para ambos jóvenes un conjunto exquisito de realizaciones infaustas: el amor de otra mujer, y la muerte para Ramírez; la soledad, el oprobio y la infelicidad para Calvento.

## VI

*Querida Norberta:*

23

*Espero que esta carta pueda llegar a su poder. Hace poco más de cuatro meses curso penas de cárcel en Montevideo. El 15 de febrero fuimos derrotados por las tropas realistas comandadas por el capitán de navío Juan Ángel Michelena, en las proximidades de Casa Blanca. Varios de mis hombres y algunos de los orientales fueron muertos por un poder superior al de nuestras fuerzas. Montevideo es una gran ciudad. Tiene murallas que la circundan en dirección al campo de más de nueve metros de altura y seis de ancho. El aspecto de las casas es señorial, con doble planta y azotea. Muchas de ellas tienen nichos santificados en las fachadas. Sobre el Cerro de Montevideo existen cruces de grandes dimensiones con inscripciones latinas. Eso lo pude ver a mi llegada. La celda en la que me encuentro no es todo lo mala que mi imaginación pudo haber esperado. Tiene buenas proporciones y buena iluminación. Me acompaña en mi presidio el presbítero Silveiro Martínez. Los realistas son amables en el trato. Dos de ellos juegan partidos de tresillo con nosotros y nos prestan libros que entretienen nuestras horas. Espero que mi permanencia en este lugar sea breve. Me han permitido escribir esta carta, pero se me ha dicho que no debo hacer mención de ningún aspecto militar y de guerra.*



*Quiero que sepa muy bien que siempre está presente en mi alma. Recuerdo nuestras conversaciones y no olvido el voto que le debo. Volveremos a vernos, no tenga dudas de eso.*



## VII

Una tarde destemplada del verano de 1812, y después de más de trece meses de cárcel, Francisco Ramírez escuchó y sintió un silbido repetido y agudo en el interior de sus pulmones. Pensó: estoy tuberculoso. Se levantó con dificultad del camastro y empapado en sus sudores, llamó al carcelero. Le dijo:

25

—Me estoy muriendo. Quiero hacerlo en mi tierra. Tengo algunos pesos conmigo, y muchos más en mis pagos. Son de usted, pero hágame la gracia de dejarme libre.

El carcelero, un infante de ánimo volteriano y simpáticas revolucionarias, contestó:

—Puede guardarse los pesos. Los necesitará para pagar las conciencias de las personas que encuentre en el camino a sus tierras.

Dos noches después, Ramírez escucho caer una moneda sobre el piso de la celda. La habían arrojado por el ventanuco que daba a uno de los patios interiores de la prisión. Era la señal.

Se vistió en silencio, empujó la reja de entrada y avanzó en la penumbra. Todos dormían. Los pasillos que conducían a la entrada principal estaban desiertos. La gran puerta de madera del acceso, abierta.

## VIII

Los encuentros entre Norberta Calvento y Ramírez comenzaron a ser más frecuentes a partir de los últimos meses de 1812, algún tiempo después de la prisión del caudillo en el Cabildo de la lejana Montevideo. Norberta esperaba a su prometido en un viejo recibidor ornado por madre selvas de hechura en tela de algodón. Muy cercano a la puerta de roble de la gran habitación, reposaba un sillón de cuero desgastado y noble. Un poco hacia la izquierda de la entrada se ubicaba una mesita con tapa de mármol que hacía las veces de repositorio de bebidas aromáticas y cigarros. Norberta no hacía uso de unas ni de otros, pero acercaba a Ramírez —con un gesto de pausado abandono— las delicadezas de que se ornaba la casa de los Calvento. Educada desde muy pequeña en la prudencia y el mantenimiento de las formas solamente besaba a Ramírez en las mejillas y en las comisuras de los labios. El caudillo aceptaba con resignación y algo de pesar estas tímidas muestras de amor, porque consideraba que la llama incesante del deseo requería de mujeres más decididas que su prometida y, sobre todo, de naturalezas más fogosas y fronterizas. En alguna ocasión dejaba discurrir algunos de sus pensamientos más ocultos, como aquella vez en que confesó antiguas predilecciones por mujeres pobres y de origen incierto:

—Alguna vez sentí afecto por una mujer de la Banda Oriental. Era morena y muy decidida en los lances de guerra. Era también analfabeta y de padres desconocidos, una mujer que era su perfecto reverso.

Norberta aceptaba estas confidencias, porque veía en ellas una manifestación de la sinceridad y el amor de su prometido, y porque estaba firmemente convencida de la perduración de los votos del compromiso. Un compromiso que, al menos de parte suya, no habría de ser nunca traicionado.





BÄRENHAUS  
EDITORIAL